

buitres, cocodrilos, ostiones, hipopótamos, &c., no hacen la señal de la cruz.

Tales son las seis categorías de seres que no hacen la señal de la cruz. Si ante los tribunales, el carácter moral del demandante y del defensor, contribuye poderosamente, aun antes del examen de la causa, a fijar la opinion de los jueces, te dejo pensar si el carácter de los seres que no hacen la señal de la cruz, es una pequeña presuncion en favor de los primeros cristianos.

En resumen, relativamente al frecuentísimo uso de la cruz, el mundo se divide en dos campos opuestos.

En favor: los admirables cristianos de la primitiva, los mas santos y los mas grandes genios del Oriente y del Occidente, los verdaderos cristianos de todos los siglos, y la misma Iglesia católica, poseedora de la verdad.

En contra: los paganos, los mahometanos, los judíos, los herejes, los malos católicos, las bestias

Me parece que puedes decidirte. Con mas motivos formarás tu conviccion cuando sepas las razones que justificaran a los unos y condenaran a los otros. Te las manifestaré en mis cartas venideras.

CARTA CUARTA.

Noviembre 29.

Respuesta á la objecion: los tiempos han cambiado.—Razones en favor de los primeros cristianos, sacadas de la naturaleza misma de la señal de la cruz.—La señal de la cruz comprende cinco cosas.—El signo que ennoblece al hombre.—Pruebas de que la señal de la cruz es divina.

“En cuanto a mi, me escribes, mi querido Federico, la cuestion está juzgada. Nunca creeria yo que Dios ha concedido la verdad y el buen sentido en herencia a sus enemigos, mientras que hubiera condenado a sus mejores amigos al error y a la supersticion.”

Sin sorprenderme, me regocija esa confesion. Tu alma busca la verdad y tu corazon no puede repelerla. Si todos tuvieran tus disposiciones, el trabajo del apologista seria fácil. En la

mayor parte de las controversias, y principalmente en las religiosas, el hombre no discute con la razón sino con sus pasiones, y no combate por la verdad sino por la victoria. Triste victoria la que consiste en afirmarse en la esclavitud del error ó del vicio.

Las noticias que tengo de tus camaradas y de otros pretendidos católicos de nuestros tiempos, me da lugar á creer que no ambicionan esa funesta victoria. Para desgarrar la venda que los cubre, é ilustrar mas y mas tu propia convicción, voy á exponer las razones intrínsecas que justifican la inviolable fidelidad de los verdaderos cristianos respecto del uso frecuentísimo de la señal de la cruz.

Hagamos ántes justicia á la grande objeción que oponen los contrarios de la adorable señal. "Otros tiempos, otras costumbres, dicen. Lo que fué útil y aun necesario en los primeros siglos de la Iglesia, no lo es hoy: los tiempos han cambiado y preciso es vivir con nuestro siglo."

San Pablo les responde: "*Jesucristo era ayer, es hoy y lo será por los siglos de los siglos.*"

Y Tertuliano agrega: "*El Verbo encarnado*

llama la verdad y no la costumbre," y la verdad no cambia. Lo que los apóstoles, los cristianos de la primitiva Iglesia, los verdaderos cristianos de todo tiempo, han tenido por útil, y hasta cierto punto necesario, no ha dejado de serlo, y aun me atrevo á afirmar que lo es hoy más que nunca. La razón está en la similitud de relaciones que existe entre la posición de los cristianos de los primeros siglos y la de los del decimonono.

¿Cuál era la posición de nuestros padres en la Iglesia primitiva? Estaban frente á un mundo que no era cristiano, ni quería serlo, ni permitía que nadie lo fuese, persiguiendo sin descanso á los que se obstinaban en serlo. Y por ventura ¿no estamos nosotros frente á un mundo que cesa de ser cristiano, que no quiere volver á serlo, ni permite que lo sean, y que persigue ya por la astucia, ya por la violencia, á los que se obstinan en serlo?

Si en tal situación, los cristianos formados en la escuela de los apóstoles, consideraron necesario el uso de la señal de la cruz, ¿qué razones podríamos alegar para abandonarlo? ¿Somos acaso mas hábiles y mas fuertes? ¿los peligros

son menores, los enemigos ménos numerosos ó pérfidos? Plantear tales cuestiones equivale á resolverlas. Pasemos adelante.

Hasta este momento, querido Federico, no he hecho mas que patentizar las circunstancias exteriores de la causa, ahora es preciso defenderla en el fondo, deduciendo las razones tomadas de la naturaleza misma de la señal de la cruz. Para tí, para mí, y para todos los hombres sensatos, se resumen de esta manera.

Hijo del polvo, la señal de la cruz es un signo divino que nos ennoblece:

Ignorantes, la señal de la cruz es un libro que nos instruye:

Pobres, la señal de la cruz es un tesoro que nos enriquece:

Soldados, la señal de la cruz es una arma que ahuyenta al enemigo:

Viajeros para el cielo, la señal de la cruz es un guía que nos conduce:

Ponte la toga de juez, ocupa tu asiento en el tribunal, y escucha:

HUJO DEL POLVO, LA SEÑAL DE LA CRUZ ES UN SIGNO DIVINO QUE NOS ENNOBLECE. — ¿Quién es, dime, el sér que viene al mundo llorando, que

se arrastra como un gusano que está sometido como el mas pequeño animal á todas las enfermedades, y por mayor tiempo que él es incapaz para cubrir sus necesidades? El hombre, ya se llame príncipe, rey ó emperador; y la mujer, ya se denomine condesa, duquesa ó emperatriz, no deben tener orgullo; una mirada hácia atras, les indicará que ese sér no es el hombre, gusanos de la tierra en la cuna, pasto de los gusanos en la tumba. ¹

Ese sér tan ínfimo, tan nulo, tan vergonzosamente confundido durante los primeros años de su existencia con los mas viles y débiles animales, sus instintos le inclinan á parecersele; y sin embargo, ese sér es el rey de la creacion, y es preciso que no se degrade. Dios le toca la frente y le imprime un signo divino que le ennoblece, y como nobleza obliga, respetado de los otros, se respetará á sí mismo. Esas cartas de nobleza, ese signo divino, es la señal de la cruz.

¹ Primam vocem similem omniibus emisi plorans. In involumentis nutritus sum, et curis magnis. Nemo enim ex regibus aliud habuit nativitatís initium. (*Sup.*, VII, 32.) Nihil est ita imperfectum, inops, nudum, informe, spurcum, ut homo a partu. (*Plutarch., Lib. de amore proliis.*)

Divino es, porque viene del cielo y no de la tierra; y viene del cielo, porque solo el propietario tiene el derecho de marcar sus productos con su efigie: viene del cielo, porque la tierra confiesa no haberlo inventado: recorre todos los países y todos los siglos, y en ninguna parte encontrarás al hombre que haya inventado la señal de la cruz, al santo que la haya enseñado, al concilio que la haya impuesto. "La traducción la enseña, dice Tertuliano, la costumbre la confirma, la fé la practica."¹

En Tertuliano acabas de oír la última mitad del segundo siglo de la Iglesia, San Justino habla por la primera y enseña, no solo la existencia de la señal de la cruz, sino la manera de hacerla.² Hémos ya en aquellos tiempos primitivos, de eterna memoria, que aun los mismos herejes denominan edad de oro del cristianismo, por la pureza de la doctrina y la santidad de las costumbres, y durante ella encontramos plena

1. Harum et aliarum hujusmodi disciplinarum si legem ex postules scripturarum nullam invenies. Traditio tibi preterditur auctrix, consuetudo confirmatrix et fides observatrix. (Tertul. *De Coron. mil.*, c. III.)

2. Dextra manu in nomine Christi quos crucis signo ob signandi sunt ob signamus. (*Quest.*, 118.)

práctica de la señal de la cruz, tanto en Oriente como en Occidente.

Avancemos algunos pasos y demos la mano á San Juan, que murió el último de los apóstoles. Mira al venerable anciano, haciendo la señal de la cruz sobre una copa envenenada, y bebiendo impunemente el licor homicida.¹ Mira un poco mas léjos á sus ilustres colegas Pedro y Pablo.

Como Juan, el discípulo amado del Divino Maestro, Pedro y Pablo, príncipes del apostolado, hacen religiosamente la señal de la cruz, la enseñan en Oriente y Occidente, en Jerusalem y en Antioquia, en Atenas y en Roma, á los griegos y á los bárbaros. Escuchemos un irrecusable testigo de la tradición: "Pablo, dice San Agustín, lleva por todas partes el real estandarte de la cruz; pesca á los hombres, y Pedro marca las naciones con la señal de la cruz."²

No solo lo verifican sobre los hombres, sino que lo hacen y lo obligan á hacer sobre las cria-

1. S. Simón, *Metaph. in Joan.*

2. Circumfert Paulus Dominicum in cruce vexillum. Et iste piscator hominum, et ille titulat signo crucis gentiles, (*Serm.*, XXVII.)

turas inanimadas. "Toda criatura de Dios es buena, escribe el gran Apóstol, y es necesario no desechar nada de lo que puede ser recibido con acciones de gracias, porque está santificado por la palabra de Dios y por la oración."¹ Tal es la regla, ¿cuál es el sentido? En el estudio del derecho, si se encuentra un texto oscuro, ¿qué se hace? Para aclararlo se consulta el intérprete mas autorizado y mas cercano al legislador: su palabra hace ley.

Escucha, pues, al intérprete mas autorizado de San Pablo, el gran Crisóstomo: "Pablo, dice, establece en esto dos cosas: la primera, que ninguna criatura es inmunda; la segunda, que aun suponiéndola tal, para purificarla se tiene el medio en la mano. Haced la señal de la cruz, tributad gracias y gloria á Dios, y al instante desaparecerá toda mancha."² Esta es la enseñanza apostólica.

Los principes de los apóstoles no hacen sola-

¹ I. Tim., IV, 4-5.

² Duo capita ponit, unum quidem quod creatura nulla communis est. Secundo, quod etsi communis sit, medicamentum in promptu est. Signum illi crucis imprime, gratias age. Deo gloriam refert, et protinus immunditia omnis abscessit. (In Tim., Homil. XII.)

mente la señal de la cruz sobre las criaturas inanimadas, y sobre las multitudes que acuden en busca de la fé, sino que la hacen sobre ellos mismos, porque esa señal existia antes que ellos. Pablo, el perseguidor, fué precipitado del caballo en el camino de Damasco, porque era preciso que se convirtiera en apóstol de Dios, á quien perseguia, ¿cuál fué el primer acto del Dios vencedor? marcar al vencido con la señal de la cruz. "Vé, dijo á Ananías, y márcale con mi signo."¹ ¿Quién fué el autor é institutor de la señal de la cruz? Para encontrarle, es necesario atravesar todos los siglos, todas las criaturas visibles, todas las gerarquías angélicas: es preciso elevarse hasta el Verbo Eterno, la verdad en persona.

Escucha aún un testigo perfectamente colocado para saberlo, testigo tanto mas irreprochable, cuanto que firmó su deposicion con su sangre, á San Cipriano, el inmortal obispo de Cartago. "Señor, exclama: Sacerdote Santísimo, tres cosas imperecederas nos habeis legado: el cáliz de vuestra sangre, la señal de la cruz y

¹ Vade ad eum, et signa eum caractere meo. (S. Aug., *Serm. II, et XXV, de Sanctis.*)

el ejemplo de vuestros dolores.”¹ San Agustín, agrega: “Vos mismo habeis querido que este signo se imprimiera sobre nuestra frente.”²

Fácil sería citarse otros veinte testigos; pero como escribo cartas y no un libro, aquí me detengo. La señal de la cruz es un signo divino: primer hecho asentado en la discusión. Mañana te hablaré de otro.

1 Tu, Domine, sacerdos sancte, constituisti nobis inconsumptibiliter potam vivificum, crucis signum, et mortificationis exemplum. (*Ser. de Pass. Chr.*)

2 Signum suum Christus in fronte nobis figi voluit. (*ps. 130.*)

CARTA QUINTA.

20 de Noviembre.

La señal de la cruz nos ennoblece. — Es el signo exclusivo de la parte escogida de la humanidad. — Es el blason del católico. — Qué cosa sea un católico. — Al ennoblecer por la señal de la cruz, nos enseña el respeto á nosotros mismos. — Importancia de esta lección. — Vergüenza de los que no hacen la señal de la cruz. — Cuadro del desprecio que tienen para con ellos mismos.

He agregado, querido Federico, que la señal de la cruz es un signo que ennoblece, porque es divino, y todo lo divino ennoblece. Esta sola razon pudiera dispensar cualquiera otra; y no obstante, agregaré que la señal de la cruz ennoblece, porque es el signo exclusivo de lo más escogido de la humanidad. ¿Verdad que en esto no han reflexionado tus compañeros?

Todo el que no hace la señal de la cruz, y con mayor motivo el que es bastante desgra-

ciado para avergonzarse de tal acto, permanece confundido con los paganos, mahometanos, judíos, herejes, malos católicos, y animales irracionales, ó lo que es lo mismo, con la hez de la creacion. ¿Qué piensas? ¿No es cierto que debemos estar orgullosos de una señal que tan noblemente nos distingue de todo el que no la tiene y usa?

El niño se enorgullese de ser miembro de una familia venerable por su antigüedad, ilustre por sus servicios, respetable por sus virtudes, y poderosa por sus riquezas. ¡Cuán celoso es por lo mismo de su blason! lo hace tallar en piedra, mármol, oro, plata, ágata y rubís; ordena que se grave sobre su casa, en sus muebles; determina que se dibuje en su vajilla, en su ropa blanca, lo usa en su selló y querría llevarlo sobre su frente, y no contento, decora con él las portezuelas de sus carruajes y los arneses de sus caballos. Haciendo á un lado la vanidad, no le falta razon. Su conducta proclama la ley eminentemente social de la solidaridád. La gloria de los abuelos es la de los hijos, es el patrimonio de la familia.

Católico, la señal de la cruz es mi blason.

Me dice, y á toda la nobleza de mi raza, su antigüedad, servicios, glorias, y virtudes. ¿Y no debo enorgullecerme? ¿Renegaria de la ilustre sangre que corre por mis venas? ¿Me haria indigno de llevar su gran nombre, y repudiaria cobardemente la ley de la solidaridád, arrojando mi escudo de armas al lodo, y al viento la herencia de mis abuelos?

Los hombres tienen orgullo de pertenecer á una nacion aristocrática. Se enorgullece el español de haber nacido en España, el inglés en Inglaterra, el frances en Francia, y así sucesivamente respecto de otros pueblos. ¿Díme, amigo mio, cuál es la mas grande y aristocrática nacion del globo?

Hay una nacion mas antigua, que cuenta sola, más ciudadanos que todos los pueblos cuyos nombres acabo de pronunciar: una nacion que por sus luces brilla en el mundo como el sol en el firmamento; nacion esencialmente expansiva, que al precio de su sangre ha sacado al género humano de la barbarie, y que al mismo precio le impide las recaidas; testigos, la historia y el mapamundi: nacion que ve, y ve solo entre sus hijos, todo lo que el hombre ha co-

nocido de mas grande por el genio, la virtud, la ciencia y el valor; legiones enteras de doctores, de virgenes, de mártires, de oradores, de poetas, de filósofos, de artistas, grandes legisladores, buenos reyes, guerreros ilustres en todos los ámbitos del mundo, los ha producido una nacion mas aristocrática que las demas y que confiesan su superioridad; dígase lo que se quiera y hágase lo que se haga, la historia ha nombrado á la gran nacion católica: la señal de la cruz es su blason, ¿podré avergonzarme de ella?

El mismo Dios ha demostrado por medio de brillantes milagros, cuánto se honra á sus ojos la persona y el ministro que hacen la señal de la cruz. Santa Edit, hija de Edgardo, rey de Inglaterra, tuvo desde su infancia la cruz sobre el corazon. Esa princesa, una de las mas bellas flores de virginidad, que hayan adornado la antigua *Isla de los Santos*, no hacia nada sin marcar ántes su pecho y su frente con la señal de la cruz.

Habiendo erigido una iglesia, dedicada á San Dionisio, rogó á San Dunstan, arzobispo de Cantorbéry, fuera á consagrarla; este acudió lleno de buena voluntad para el fin indicado, y en la

conversaciones que tuvo con la santa, quedó sorprendido al ver que á ejemplo de los primeros cristianos hacia muy á menudo sobre la frente la señal de la cruz con el pulgar.

Esa devocion le causó tanto placer, que suplicó á Dios bendijera aquel pulgar y lo preservase de la corrupcion de la tumba; y su ruego fué oido. Muerta á la edad de veintitres años, poco tiempo despues se le apareció la santa y le dijo: "Haced levantar mi cuerpo de la tumba y lo encontrareis incorrupto, con excepcion de aquellas partes de que hice mal uso en la ligereza de mi juventud." Esas partes eran los ojos, los piés y las manos, que se encontraron efectivamente consumidos, ménos el pulgar con el que tenia la costumbre de hacer la señal de la cruz.¹

Bajo el punto de vista de honor ¿nuestros abuelos carecian acaso de razon para hacer tan á menudo la señal de la cruz? y nosotros ¿tenemos razon en no hacerla? ¡Ah! ¡De cuán diferente manera comprendian el orgullo de su nobleza y el sentimiento de su dignidad! Repitiéndose sin cesar que la nobleza obliga, no me admiro de que hayan formado una sociedad úni-

¹ Véase su vida, c. III.

ca en sus males del mundo por su heroismo y virtudes. Vas á comprenderlo.

Al ennoblecernos á nuestros ojos, el primer sentimiento que desarrolla en nosotros la señal de la cruz, es el respeto á nosotros mismos. ¡El respeto á nosotros mismos! ¡Qué gran palabra acabo de pronunciar! Miro á mi derredor, y veo un mundo, una juventud, que no cesan de hablar de dignidad humana, de emancipacion y libertad. Esas palabras, vacías de sentido, ó de mal sentido, hacen ingobernables al siglo, al mundo y á la juventud. Rebeldes al yugo de toda autoridad, divina, social, civil y paternal, repiten á todo el que encuentran: respetadme.

Perfectamente; pero si quieres ser respetado, comienza por respetar. El respeto de los demas hácia nosotros, se mide por el que tenemos por nosotros mismos. La crueldad, la hipocresía, la prostitucion, el vicio dorado, enguantado, perfumado, peinado, calzado, coronado, puede inspirar temor, respeto nunca; y el hombre actual, jóven ó viejo, que no hace la señal de la cruz, ¿se respeta á sí mismo? Hagamos un ensayo de autopsia.

La parte mas noble del hombre es el alma, y

la parte mas noble de esta, la inteligencia. Vaso sagrado, hecho por la mano misma de Dios para recibir la verdad, y solo ella; todo lo que no es la verdad misma, la mancha y la profana. ¿Y el hombre actual respeta la inteligencia, deposita en ella la verdad? No hay mas que disgusto hácia las puras fuentes de donde mana. Los oráculos divinos, sermones, libros de ascetismo ó de filosofia cristiana, le provocan náuseas.

Si descendieras á esa inteligencia bautizada, la tomarias por un tendajo de baratijas. Allí están amontonadas confusamente, ignorancia, argucias, frivolidades, preocupaciones, mentiras, errores, dudas, objeciones, negaciones, impiedades, niñerías y cosas de nada. Triste espectáculo que me recuerda el avestruz que murió últimamente en Lion, del que sabes que en la autopsia se encontró que en uno de sus estómagos habia alojado un verdadero almacén de fierros viejos, de pedazos de cuerda y de madera. Hé aquí con qué nutre su inteligencia el hombre que no hace la señal de la cruz: hé aquí de qué modo la respeta. ¹

¹ Qui nutriebantur in croceis, amplexati sunt stercora
Thren., IV, 5.

¿Y su corazón? Dispénsame, querido Federico, que te revele sus ignominias. En vez de dirigirse sus movimientos hácia arriba, los guía hácia abajo; en lugar de elevarse como el águila, se arrastra como el reptil; en vez de nutrirse como la abeja, con el jugo perfumado de las flores, como el escarabajo, se arrastra sobre las inmundicias. No hay una sola violacion de la ley natural ante la que retroceda, ni una mancha que se evite. Y ya podrás convencerte, de que hablando la boca de la abundancia del corazón, su garganta será el respiradero de un sepulcro en putrefaccion. ¹

¿Y su cuerpo? Joven que te desdeñas de hacer la señal de la cruz, te crees un espíritu fuerte y causas lástima, piedad; te crees independiente y eres esclavo: no quieres honrarte lo que hace lo mas selecto de la humanidad, y por un justo castigo te deshonorarás practicando lo que de mas vergonzoso haga la hez y la escoria de ella. Tu mano no tocará tu frente con la señal de la cruz; pero se colocará donde nunca debia tocar.

No quieres armar con el signo protector, tus

¹ Sepulcrum patens est guttur eorum. (Ps., v. 11.)

ojos, tus labios, ni tu pecho; y tus ojos se mancharán con lo que no debian ver, tus labios, charlatan mudo, *locuaces muti*, como dice un gran genio, ¹ no dirán nada de lo que deberian decir, sino lo que no debian, y tu pecho, altar profano, arderá en un fuego cuyo solo nombre avergüenza. Y aunque esto pertenece á la historia íntima, no podrás negarlo ni borrarlo. Escrito con tinta sobre este papel, se lee en todas las partes de tu sér, trazado con la sangre del pecado, *in sanguine peccati*.

¿Y su vida? Quien no hace ó no ha vuelto á hacer la señal de la cruz, pierde la estimacion de su vida, la vilipendia, y la derrocha, porque nunca la considera bajo el lado serio; hace de la noche, dia; y de esta noche, trabajar poco, dormir mucho, comer delicadamente y nada rehusar á sus deseos: consumirse por el tiempo sin referirse á la eternidad, es tejer telarañas, papar moscas, y hacer castillos en el aire: en una palabra, gastar la vida como si uno mismo fuera su dueño, no es tomarlo por lo serio. *Tomarla por lo serio es emplearla en el uso que rido por el que nos la ha confiado y que nos pe-*

¹ S. Aug., *Medit.* XXXV, 2.

dirá estrecha cuenta de ella, no en conjunto, sino minuciosamente; no por año, sino por minuto.

Cuando el adversario del signo divino, que debería ennoblecer su vida tributándole respeto con su alma y con su cuerpo, se ha fatigado en la vía del desórden y de la iniquidad, ¿qué hace? Muy á menudo la vida le parece un fardo insoportable, y considerándose como una bestia, para la cual no hay ni temor ni esperanza de un mas allá, se mata.

¿Cómo explicarte á este respecto mi dolor, querido Federico? Lo que el apóstol, lleno de admiracion, decia de las maravillas del cielo, que el ojo del hombre no ha visto, su oido escuchado, ni su espíritu concebido nada semejante, preciso es hoy repetirlo, pero gimiendo, avergonzándose, temblando. No, en ninguna época, bajo ningun clima, en ningun pueblo, ni pagano ni ann antropófago, ha visto el ojo del hombre, escuchado su oido, ni su espíritu concebido, lo que vemos, escuchamos, y palpamos con nuestras manos, ¿y qué es ello? ¡Qué! el suicidio; el suicidio en una escala sin ejemplo en la historia. Solo en Francia ha habido *cien mil suicidas*

en los últimos treinta años. ¡Cien mil! y la progresion va siempre en aumento.

Y tengo la certidumbre, aunque no la prueba, de que de esos cien mil desesperados, mas de noventa y nueve mil habian perdido la costumbre de hacer la señal de la cruz, á menudo, sería y religiosamente. Ten esto por el décimotercero de los artículos de tu Símbolo.

Hasta mañana.

CARTA SEXTA.

Diciembre 1º

Resúmen de la carta anterior. — La señal de la cruz es un libro que instruye. — Creacion, redencion, glorificacion: tres palabras que encierran toda la ciencia de Dios, del hombre y del mundo. — La señal de la cruz dice estas tres palabras con autoridad, — con lucidez, — con profundidad. — A todos, por todas partes y siempre.

Signo divino, signo distintivo de la parte selecta de la humanidad, blason del católico, tal es, mi querido Federico la señal de la cruz, considerada bajo su primer punto de vista. Si es verdad que, nobleza obliga, no conozco medio más simple, más fácil y más eficaz, que la señal de la cruz, hecha repetida, religiosa y seriamente, para inspirar al hombre el sentimiento de su propia dignidad y el respeto á sí mismo. Esa es una de sus razones de ser,

“Ese signo, dice uno de los Padres, es una guardia poderosa; gratuita para los pobres, fácil para los débiles. Beneficio de Dios, estandarte de los fieles, terror de los demonios: léjos de inclinarte á desdeñarla, que su misma condicion de gratuita, aumente tu reconocimiento.”¹ A lo que agregó, que la elocuencia de la señal de la cruz es igual á su poder. ¿Qué diré al hombre? Vamos á verlo.

IGNORANTES, LA SEÑAL DE LA CRUZ ES UN LIBRO QUE NOS INSTRUYE. — Toda ciencia teológica, filosófica, social, política, histórica, divina y humana. La ciencia del pasado, del presente y del porvenir, encierran estas tres palabras: Creacion, Redencion, Glorificacion. Antorchas del mundo, bases de la inteligencia, suponen, por un momento, que el género humano las olvidara ó no comprendiera su sentido, ¿qué sería de él? Aglomeracion de átomos, moviéndose en el vacío, sin direccion ni objeto, ciego de nacimiento,

¹ Magna hæc est custodia, quæ propter pauperes gratiis datur: sine labore propter infirmos, cum a Deo sit hæc gratia, signum fidelium, et timor dæmonum. Neque propterea quod est gratuitum, contempnas hoc signaculum; sed ideo magis venerare benefactorem. (S. Cyrill., Hier., *Catech.*, XIII.)

sin báculo ni guía, misterio inexplicable para él mismo, desdichado sin consuelo, condenado sin esperanza; eso sería el hombre, eso sería la sociedad.

Creacion, Redencion, Glorificacion, esas tres palabras son mas necesarias al género humano, que el pan que le nutre y el aire que respira.

¿Qué doctor se encargará de esta indispensable enseñanza? ¿San Pablo, San Agustin, Santo Tomás, ó algun otro gran genio de Oriente y de Occidente? No: esos doctores debian morir, y era preciso uno que no muriese; habitaban un lugar determinado, y era necesario uno que estuviera en todas partes; hablaban idiomas que no todos comprendian, y era indispensable uno cuyo lenguaje fuera inteligible, lo mismo para el salvaje de la Oceanía, como para el hombre civilizado del nuevo mundo.

¿Quién será, pues, mi doctor? Tú lo has nombrado, la señal de la cruz. Ella solo, ella reúne todas las condiciones exigidas: no muere, está en todas partes, y habla un idioma universal: le basta un instante para darnos la leccion, y todos en un momento podemos comprenderla. En prueba de lo que he asentado, déjame, que

rido amigo, descubrirte un misterio. El Verbo encarnado, que con razon llama Isaías, el Preceptor del género humano, tenia resuelto morir por nosotros. Hay muchos modos de morir, por la lapidacion, la degollacion, el veneno, ser arrojado de un punto elevado, el fuego, el agua, y qué sé yo cuántos más. ¿Por qué entre todas especies de muertes eligió la de cruz?

Muchos años ha respondió un sabio teólogo: "Una de las razones por las que la Sabiduría infinita eligió la muerte de cruz, es porque con un ligero movimiento de la mano, podemos trazar sobre nosotros mismos el instrumento del divino suplicio; signo fuerte y luminoso, que nos enseña cuanto debemos saber, y nos sirve de escudo contra nuestros enemigos."¹

Hé aquí la señal de la cruz, convertida en catecismo del género humano. ¿Podrá ser cierto, me preguntas, que llene ese objeto, ó en otros términos, que repita, y bien, las tres grandes

¹ Nohit Dominus lapidari, aut gladio truncari, quod videlicet nos semper nobiscum lapides aut ferrum ferre non possumus quibus defendamur. Elegit vero crucem, que Levi manus motu exprimitur, qua et contra inimici versutias munimur. (Alcuin., de Divin. Offic. c. XVIII.)

palabras, Creacion, Redencion y Glorificacion! No solo las dice y repite, sino que las explica con una autoridad, una profundidad y una solidez que le son exclusivas.

Con autoridad, porque divina en su origen, es órgano del mismo Dios.

Con profundidad y lucidez, vas á verlo.

Al llevar tu mano á la frente diciendo: *en el nombre*, en singular, la señal de la cruz te enseña la indivisible unidad de la ciencia divina. Por esta sola palabra, cualquier niño ó buena mujer, sabe más que todos los filósofos del paganismo. ¡Cuánto progreso en una sola vez!

Al decir *del Padre*, tu inteligencia se ilumina con un nuevo é inmenso rayo de luz. La señal de la cruz te dice que hay un Sér, Padre de todos los padres, principio eterno del sér, de donde han salido todas las criaturas celestes y terrestres, visibles é invisibles.¹ A esta nueva palabra se ha desvanecido para tí la espesa niebla que por veinte siglos cubrió á los ojos del mundo pagano el origen de las cosas.

Continúas diciendo, *y del Hijo*. La señal de

¹ Ex quo omnis paternitas in caelis et in terra nominatur. (*Eph.*, III, 15.)

la cruz continúa también su lección. Te dice que el Padre de los padres tiene un Hijo semejante á Él. Al llevarte la mano al pecho, cuando pronuncies su nombre, te enseña que ese Hijo Eterno de Dios, se hizo un día Hombre en el seno de una Virgen para rescatar al hombre; luego estaba caído.

¡Qué luz tan brillante derraman esas palabras en tu inteligencia! La coexistencia del bien y del mal sobre la tierra, el terrible dualismo que sientes en tí mismo, esa mezcla de nobles instintos y de inclinaciones abyectas, de acciones sublimes y actos vergonzosos; la necesidad de la lucha, la posibilidad y los medios de rehabilitación, todos esos misterios, cuya profundidad hacen perder la cabeza á los filósofos, no tienen ningun velo para tí.

Concluyes diciendo, *y del Espíritu Santo*. Estas palabras completan la enseñanza de la señal de la cruz. Gracias á ella, sabes que existe un Dios, Unidad de esencia y Trinidad de personas: tienes la idea exacta del Sér por excelencia, del Sér completo, y no sería tal, si no fuera Uno y Tres. Si la primera Persona es necesariamente poder, y la segunda necesariamente

Sabiduría, la tercera, necesariamente es Amor. Ese Amor, por esencia benefactor, completa la obra del Padre que cria, y del Hijo que rescata, santifica al hombre y le conduce á la gloria.

¡Qué amenaza para la direccion de la vida de las naciones y la de los individuos, para los reyes y para sus súbditos! Si Aristóteles, Platon, Ciceron, y todos los antiguos que buscaban la verdad, filósofos, legisladores y moralistas, gastados por el estudio y atormentados por dudas insolubles, hubieran oído hablar de un maestro que enseñase con la profundidad y solidez con que lo hace la señal de la cruz, tengamos por cierto que habrían ido al extremo del mundo para buscarlo, verlo y pasar la vida á su lado, llenos de felicidad al escucharlo.

Al pronunciar el nombre del Espíritu Santo, has formado la cruz, y entónces, no solo conoces al Redentor, sino al signo de la redencion, de manera, que al inundar el Espíritu con deslumbradoras luces, la señal de la cruz abre al mismo tiempo en el corazon una fuente inagotable de amor, nuevo beneficio, del que mas tarde veremos á tratar.

Entretanto, respondemos: ¿Es posible ense-

ñar en ménos palabras, con mayor elocuencia y en idioma mas inteligible, los tres grandes dogmas de Creacion, Redencion y Glorificacion, pivotes del mundo moral, y principios generadores de la inteligencia humana? Haber sido creado, estar destinado á la gloria eterna y haber sido rescatado, ¡oh hombre! esto eres.

Qué piensas, amigo mio, ¿es esto teología? Pero si la teología es la ciencia de Dios, del hombre y del mundo; si la filosofía, conocimiento razonado de Dios, del hombre y del mundo, es hijo de la teología; si de esta se derivan todas las ciencias, la política, la moral y la historia, resulta que la señal de la cruz es el doctor mas sabio y el ménos verboso que haya jamas enseñado.

¿Quieres saber qué lugar ocupa en el mundo? Te lo diré mañana.